

Vigésimo Séptimo domingo del Tiempo Ordinario C2022

Permítanme comenzar la homilía de hoy con una referencia a la vida humana. La vida humana es un largo camino hecho de altibajos, éxitos y fracasos, alegrías y tristezas, facilidades y dificultades, etc. En el transcurso de este largo camino sólo quien es paciente, tenaz y perseverante puede llegar al final del carrera y ganar la victoria. A pesar de todas las dificultades que encuentran en su camino, saben que no hay otra forma de llegar a la victoria que superar los desafíos y permanecer perseverantes.

Como la vida humana, la fe es también un largo camino. Como la vida humana, tiene también los momentos de claridad y oscuridad, duda y certeza, crisis y dificultades. Quien gana la batalla de la fe es aquel que es paciente y valiente, perseverante y fiel a Dios a pesar de los meandros de la vida humana.

Esto es lo que habla Habacuc a sus compatriotas que se quejan de las dificultades de su vida y del asedio de Jerusalén. Su país está arruinado por la violencia, la destrucción y la discordia. No saben qué hacer más que invocar a Dios. Dios promete su intervención, pero hay que tener paciencia y esperar hasta que se cumpla. Como quieren que las cosas se arreglen rápidamente, el profeta les recuerda que: "El malvado sucumbirá sin remedio; el justo, en cambio, vivirá por su fe." La fe se entiende aquí como confianza en Dios y no como conocimiento de las cosas de Dios.

La fe como confianza en Dios es lo que realmente necesitamos. Nuestra fe tiene que crecer y madurar; tiene que pasar de la fe como conocimiento de las cosas de Dios a la fe como confianza en Dios. Si llegamos a este nivel, nuestra fe se convertirá en una fuente de fortaleza y consuelo en tiempos de oscuridad y desafío.

Entendemos entonces la insistencia de san Pablo en la segunda lectura al animar a Timoteo, su hijo en el Señor y colaborador, a suscitar en él el don de Dios recibido por la imposición de sus Manos. Le recuerda cómo no recibió un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de moderación. Lo exhorta a no avergonzarse de dar testimonio del Señor Jesús ya aceptar su parte de sufrimientos por el Evangelio con la ayuda del Espíritu Santo.

Dado que las dificultades y los desafíos de la vida pueden hacer tambalear nuestra fe, en el evangelio de hoy los apóstoles le piden a Jesús que aumente su fe. Aumentar la fe significa hacerla capaz de comprender que Dios no nos abandona, incluso cuando atravesamos momentos oscuros y penurias en la vida. Significa también estar convencidos de que por muy mal que lo pasemos, no estamos solos. Dios está con nosotros; nos acompaña en cada paso de nuestra vida, a veces animándonos misteriosamente para que no abandonemos la vida; otras veces consolándonos abiertamente a través de la ayuda de amigos y familiares para que permanezcamos serenos a pesar de nuestros sufrimientos y problemas.

Aumentar la fe significa igualmente hacerla capaz de ver el mundo con los ojos de Dios; juzgar cada situación en la que estamos involucrados con la mente y el espíritu de Dios; considerar los acontecimientos de nuestra vida principalmente a la luz de la palabra de Dios.

Entonces, podemos entender que la fe es una fuerza poderosa que puede hacer posible lo imposible. Jesús lo expresa así: "Si tuvieran fe, aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, podrían decir a ese árbol frondoso: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar' y los obedecería.

Al referirse a la fe que arranca el árbol, Jesús no nos está invitado a usar la fe para forzar a Dios a hacer lo que queramos. La fe no es un medio para ser utilizado con el fin de obtener

a bajo costo todo tipo de cosas que queremos. La fe ni siquiera mueve ningún objeto material como lo hace un imán. Lo que Jesús quiere decirnos es que la fe es capaz de lograr lo que parece imposible a los ojos humanos. Encuentra soluciones para situaciones que parecen total y definitivamente fuera de control.

Cuando no hay nada más que hacer o esperar, la fe puede cambiar todo esto de una manera muy sorprendente y para nuestro propio asombro. La fe puede hacer que nos sucedan cosas inesperadas. Incluso una pequeña dosis de fe puede dirigir nuestras vidas, consolarnos cuando estamos desanimados y desafiarnos cuando estamos satisfechos.

Como ha demostrado la psicología de la observación, cuando las personas abordan las cosas con fe y confianza, lo que creen realmente les puede suceder. Lo hemos visto muchas veces en el deporte y en diversos campos laborales. ¿Cuántos inventos han sido logrados por personas que creyeron contra viento y marea que podían hacerlo? ¿Cuántos deportistas han llegado a la victoria porque no dudaron ni un solo instante de que les puede pasar?

Cualquiera que sea el tamaño de nuestra fe o su forma, no puede, sin embargo, empujarnos a reclamar ninguna recompensa a Dios porque la tenemos. Cuando hemos cumplido con muchos deberes porque nos los ha requerido nuestra fe, hemos hecho sólo lo que debíamos hacer.

En verdad, Dios no nos debe nada, porque tenemos fe en él. Lo que recibimos de él es pura gracia por la que debemos estar felices y agradecidos con él. Lo que hacemos en nombre de nuestra fe es justo lo que debemos hacer, porque es así. Cuando comprendemos esa verdad, nos convertimos en hombres y mujeres libres que actúan gratuitamente haciendo cosas buenas más allá de cualquier búsqueda de interés y recompensa.

Cuando hemos hecho lo mejor que hemos podido, sólo hemos cumplido con nuestro deber. Y los que han cumplido con su deber han hecho sólo lo que, en todo caso, podían verse obligados a hacer. Este es el misterio del Reino de Jesús, es decir, que cumplamos con gratitud nuestro deber; somos siervos inútiles que esperamos en la misericordia de Dios. Esta es también la ley del amor. Cuando amamos, hacemos muchas cosas que nos dicta el amor de nuestros seres queridos. Después de que las hayamos hecho, no hay derecho a levantarse. Hemos hecho sólo lo que debemos hacer en nuestro amor. Hemos hecho lo que el amor nos ha obligado a hacer.

Este es el caso la mayor parte del tiempo con la educación de nuestros hijos y los sacrificios que aceptamos por ellos. Ningún padre da lo mejor de sí mismo a sus hijos por un cierto interés que quiere cosechar. Más bien, hace todo con todo su corazón, porque así lo exige su deber. Todo esto nos ayuda a comprender por qué Jesús dice: “Cuando hayan cumplido todo lo que se les mandó, digan: “No somos más que siervos, solo hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

Pidamos al Padre que nos dé una fe audaz en medio de las crisis y los desafíos de la vida. Pidámosle que nos ayude a crecer en la comprensión de que debemos cumplir con nuestros deberes cristianos por amor y no por interés. Dios os los bendiga!

Habacuc 1: 2-3; 2: 2-4; 2 Timoteo 1: 6-8, 13-14; Lucas 17: 5-10



Fecha de la Homilía: el 02 de Octubre, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221002homilia.pdf